

BIBLIOTECA ORO



**SEIS
BOTELLAS
VERDES**

por
ANNE HOCKING

BOC
GRET

Herbert Trewithian, propietario de «Poldean», una casa de estilo georgiano ubicada en Cornwall, sufrió un ligero accidente: cayó y se produjo una herida en la cabeza, durante la noche. Tras permanecer en cama un par de días empezó a mejorar sensiblemente. Sin embargo, a la tercera mañana después del accidente, lo hallaron muerto en su cama. Su muerte constituye una sorpresa para todos, y principalmente para el médico. La autopsia revela que la causa de la muerte es envenenamiento por beleño. El jefe de policía Sir Henry Treveil, amigo de la familia, se muestra perplejo y preocupado ya que, ninguna de las personas que se encontraban en la casa, parecía que tuviese motivos para asesinar a Trewithian, y que pudiera hallarse en condiciones de procurarse el veneno, aunque todas tuvieron oportunidad para cometer el crimen. El inspector detective William Austen que está pasando unos días en casa del jefe de policía, recuperándose de las lesiones sufridas al llevar a cabo una detención, se ofrece a colaborar en la investigación.

Para OLIVE BROWNE, en memoria de Famagusta y
Saitta.

«¿Recuerdas un Hostal, Miranda?»

CAPÍTULO PRIMERO

Lo cierto era que la casa poseía a los Trewithian, no éstos a la casa. Durante dos centurias a lo largo de las cuales se habían poseído recíprocamente, este hecho quedó definitivamente establecido. Los Trewithian habían vivido y muerto conspirando, traicionando, trabajando y se habían casado por ella durante el transcurso de los doscientos años. La edificación original fue pagada por medio de un descarado acto de traición, y parecía ser que los Trewithian no serían capaces de detenerse ante ningún obstáculo por conservar a su Fetiche. Hablaban de ella sencillamente, llamándola «la casa», y jamás «Poldean» – que era su nombre–, como si no existiera ninguna otra casa más, o, cuando menos, ninguna otra casa que tuviera importancia.

Nadie que no fuera un Trewithian podía comprender aquella exagerada devoción hacia una posesión. La casa se hallaba, antipática aunque no careciese de cierta árida dignidad, en lo alto de una escarpa; era una enorme mole de granito provista de muchas y grandes ventanas, partidas en el centro por unas columnas que se asomaban sobre el Atlántico, el cual salpicaba de agua los cristales en los días de tormenta. Era fría y desolada durante todo el año, aun cuando los jardines del lado de tierra fueran hermosos y brillantes; pero esto no era mucho para Cornwall, región poblada de jardines espectaculares.

No era una casa decididamente bonita, aunque no estuviese desprovista de atractivos. Estaba bien proporcio-

nada, al estilo Georgiano, y el declive formado por el tejado de pizarra de Delabole resultaba gracioso, sin que poseyese verdadera belleza. Era espaciosa, sólida y fuerte; y esto era todo lo que podía decirse en su elogio.

No había en torno suyo tierras de las que valga la pena de hablar; solamente unos veinte acres de terreno, sobre los que se encontraban algunas pequeñas granjas cuyos habitantes arrancaban a costa de grandes trabajos unas menguadas cosechas de un terreno pétreo y constantemente azotado por las galernas atlánticas. Nada digno de atención, nada que pudiera inspirar una devoción tan profunda como la de los Trewithian. Y, sin embargo, aquella posesión era lo más importante del mundo para ellos. Como una de las mujeres que se casó con uno de los Trewithian en los primeros años de la octava década del siglo pasado dijo... cuando lo abandonó:

—Eso no es una casa, sino una obsesión, un Moloch al cual me niego a sacrificarme.

Los Trewithian, a pesar de su chifladura por la casa, eran en líneas generales un grupo de personas atractivas y formadas un poco como a imagen y semejanza de su ídolo: fuertes y sólidas. Tenían buen gusto para elegir mujeres hermosas, y siempre que les era posible se casaban con una de ellas. Cuando las necesidades de la casa lo exigían, sabían sacrificarse y contraer matrimonio con mujeres cuya falta de belleza estuviese compensada con las riquezas necesarias. Sucudiese lo que sucediese, la casa debía ser siempre lo primero, como si se tratase de una mujer amada que hubiese de ser constantemente halagada y atendida.

Interiormente, la casa adquiriría una belleza definitiva. Era acaso un poco austera, pero de todos modos, hermosa. Estaba perfectamente conservada, perfectamente amueblada, perfectamente servida, pues cuando era preciso hacer economías se obtenían éstas de otros capítulos del presupuesto familiar, mas nunca de las partidas desti-

nadas a su sostenimiento y conservación. Las mujeres de la familia Trewithian podrían en ocasiones estar mal ataviadas, pero la casa... ¡jamás!

La familia no había sido opulenta en ninguna ocasión. Si una recién casada aportaba al seno familiar una amplia dote, ésta era rápidamente invertida en techar o artesonar la finca o en cualquiera otra necesidad apremiante de la casa en aquel momento; y sus necesidades eran siempre grandes. Aun una casa construida con piedra de granito pide constantes reparaciones cuando el Atlántico la ha azotado furiosamente, semana tras semana, por espacio de doscientos años.

Por esta razón, las esposas más débiles de los Trewithian se veían obligadas frecuentemente a aprender a vivir sin disponer de dinero, ni siquiera del suyo, que gastar; y las que poseían un espíritu más fuerte y una voluntad más obstinada, después de haber luchado con empeño en defensa de sus derechos, terminaban generalmente por abandonar a sus maridos, lo que hacían con disgusto, pues los Trewithian eran unos esposos complacientes y agradables.

A continuación de la pasada guerra, la familia conoció malos tiempos. El anterior poseedor de «Poldean» había imaginado erróneamente que era un genio financiero y había emprendido una serie de reformas destinadas a modernizar las cocinas. No solamente se vio obligado a renunciar a su proyecto, sino que, como fruto de sus esfuerzos equivocados, se encontró en la dura necesidad de reducir el personal que atendía aquella dependencia, verdadero contratiempo para un hombre para quien, la supresión de una sencilla fregadera parecía una especie de calamidad. Sin embargo, a fuerza de hacer economías en otros terrenos —la mayor parte de ellas economías en los gastos de las mujeres— tal calamidad pudo ser evitada; y el segundo hijo del anciano, Herbert, fue encargado de rehacer la fortuna familiar, lo que pudo conseguir en parte

por medio de un matrimonio de conveniencia y en parte a causa de su inteligencia. Herbert se había «dedicado a las leyes», como dicen en Cornwall; compró con una parte de la fortuna de su esposa una participación en cierta agencia londinense especializada en abogacía criminal, y, cierto tiempo después, llegó a ser director de la organización, lo que le producía buenos ingresos. Su esposa murió, lo que constituyó un acto digno de agradecimiento, después de unos quince años de matrimonio, que no fue ciertamente venturoso, dejándole un hijo y una hija mucho más joven que aquél; después de cierto tiempo, Herbert volvió a casarse nuevamente con una viuda encantadora y sin hijos, veinte años más joven que él.

Todo presentó un aspecto admirable. Letitia Trewithian fue aceptada con entusiasmo por las amistades y por la familia de su esposo, constituyó una admirable madrastra para los dos hijos de su marido, y aun cuando el muchacho, Polruan, no era mucho más joven que ella, el arreglo representó un venturoso acierto. Letitia y su esposo se consagraron uno a otro íntegramente, a pesar de las diferencias de edades. Era ella una deliciosa ama de casa y organizadora de fiestas, que preparaba con mucha frecuencia; y todo marchaba a las mil maravillas cuando el padre y el hermano mayor de Herbert Trewithian, que no tenía hijos, murieron seis meses uno después del otro, y Herbert heredó «La Casa».

Por razón de obediencia a la tradición familiar, y también por propia inclinación, Herbert no podía hacer otra cosa que retirarse de su profesión e ir a vivir en «Poldean». Esto constituyó una gran sorpresa para todos sus compañeros y amigos, quienes no comprendían por qué causas habría de hacer un sacrificio de tal naturaleza; pero Herbert no creyó que ello fuera un sacrificio, aun cuando lamentase indudablemente el tener que verse privado de los saneados ingresos que le producía la práctica de su profesión. De todos modos, conservó una participación en

la agencia legista, se mostró dispuesto a ser consultado sobre cuestiones legales en todos los casos en que fuesen necesarios sus consejos y sus orientaciones, y pareció plenamente satisfecho de este arreglo. Si su esposa se hallaba o no igualmente satisfecha... esta era una cuestión distinta, según el decir de la gente. Letitia era una mujer tan *mondaine*, le agradaba tanto la existencia que llevaba en Londres, que produjo una gran sorpresa que marchase, acompañada de su esposo, hacia las montañas altas de Cornwall sin un murmullo de lamentación.

—Herbert está tan entusiasmado con su proyecto —respondió a las amistades que le preguntaron si no le parecía horrorosa la idea de verse separada de lo que hasta entonces y durante toda su vida había constituido su ambiente—, que me habría parecido despreciable cualquier intento de oponerme a su decisión. Adora su casa, le entusiasma la vida de campo, y, después de todo, podremos invitar a nuestros amigos a que nos acompañen algunas temporadas, y nada nos impedirá volar hacia Londres cuando deseamos volver a gustar nuestra vieja vida.

Pero las cosas no marcharían como ella suponía. El Herbert Trewithian de Londres y el Herbert Trewithian de «Poldean» eran dos personas completamente diferentes. En el mismo instante en que se convirtió en el señor de «La Casa», las tradiciones familiares descendieron sobre él y se apoderaron íntegramente de él. Jamás había supuesto que heredaría «Poldean» y «Poldean» no produjo en él un efecto tan tiránico como el que habría producido si hubiera sido educado bajo su influencia; pero, de todos modos, produjo un influjo definitivo. Jamás parecía dispuesto a abandonar el lugar; y sus ingresos, considerablemente reducidos por su retiro, fueron invertidos pródigamente en «La Casa». Letitia Trewithian se vio convertida en una especie de esclava de la enorme mole de granito situada al borde de un acantilado.

Sin embargo, semejaba hallarse bastante satisfecha cuando sus amistades la visitaban. Una o dos veces cada año, generalmente durante la temporada veraniega, cuando los jardines del lado de tierra estaban cuajados de flores y cuando era posible bañarse y navegar en el abra situada al pie de la casa, se invitaba a diversas amistades a permanecer en la vivienda durante varios días y se celebraban nuevamente las fiestas y reuniones que tan gratas eran a Letitia y en las que podía lucir su belleza y su hospitalidad. Entonces Letitia brillaba y resplandecía como en los tiempos pasados, y sus invitados se decían unos a otros que era una esposa perfecta para Herbert, una esposa evidentemente siempre feliz, aun en aquel ambiente tan desacostumbrado para ella, mientras pudiera hallarse al lado de él.

Letitia declaró a una de sus amigas, que se alojaba en su casa durante el mes de julio del año anterior al de la guerra de Hitler, que todo esto era cierto.

–Solamente hay un borrón en la página, Marie –dijo cierto día a su amiga, cuando ambas se hallaban sentadas en el jardín–, y ese borrón es mi cuñada.

–Sí: es una mujer de aspecto antipático –afirmó Marie Lester–. ¿Vive siempre contigo?

Letitia rio con tristeza.

–Todos los días del año, querida. Jamás viaja, apenas sale de la casa... Se halla tan obsesionada por «La Casa» como lo estaba mi suegro y está enojada y resentida conmigo porque no creo que sea la cosa más importante del mundo. No me sorprende que no se haya casado: «Pol-dean» es su compañero espiritual. Lo ha abrazado del mismo modo que otras mujeres abrazan una religión.

–¿Qué edad tiene en realidad? –preguntó la señora Lester.

–Alrededor de sesenta años... y los representa bien, ¿verdad? Es más joven que Herbert, pero creo que tiene aspecto de ser diez años más vieja que él.

–Es que Herbert está muy joven para su edad.

Letitia sonrió.

–Sí, gracias a Dios. Muchas veces le digo que tendrá que hacer un poco de ejercicio si quiere conservar ese aspecto juvenil. Pero ha heredado el complejo familiar sobre la casa, también, y siempre está dispuesto a considerarla como una especie de dios. No tanto como Lydia, naturalmente, pero más de lo que debería hacerlo. Se opone categóricamente a pasar ni siquiera un solo día alejado de «Poldean»...

–¿No te molesta esta circunstancia? –preguntó su amiga–. La vida que llevas ahora es completamente distinta de la que hacías cuando te conocí, poco tiempo después de tu matrimonio con Herbert. Ahora no tienes ocasión de lucir en el pueblo tus buenas ropas, como antes en Londres.

Letitia meditó sobre las palabras de su amiga.

–Sí, es muy diferente; pero, en líneas generales, me agrada, excepto durante el invierno. El invierno es triste y lúgubre aquí, especialmente durante las épocas de tormentas, que duran semanas enteras, cuando el viento aúlla y ruge en torno a la casa como... como un ente vivo y amenazador. Pero Herbert es feliz, que es lo más importante de todo, y el verano me compensa de todo lo demás.

–¿Excepto de Lydia?

Letitia volvió a reír.

–Sí; excepto de Lydia. ¡Es desesperante! He pedido a Herbert que le conceda una pensión para que pueda irse a vivir a cualquier otra parte, pero ella no quiere ausentarse y él no quiere obligarla a que lo haga. Dice que todos los Trewithian tienen derecho a residir en «Poldean», al cual llama «La Casa», como sabes. Todos ellos la llaman así. ¡Oh, Lydia es terrible! ¿Sabes que refunfuña y protesta porque se gasta el dinero en algo que no sea la condenada casa? Si estreno un nuevo vestido, lo cual debo indicar

que sucede con muy poca frecuencia, se permite señalar que habría sido preferible adquirir un nuevo tapete para la mesa del salón, o algo por el estilo. ¡Y opina que esta fiesta y esta reunión que celebramos es un verdadero pecado! La alfombra del comedor está un poco gastada, según habrás podido ver; lo que se gasta actualmente en mantener a nuestros invitados, podría haber sido destinado a adquirir una nueva... ¡Lo ha dicho! Afortunadamente, Herbert no quiso hacer caso de ella (ya sabes que le encanta celebrar reuniones y fiestas en su casa), y desde entonces, su hermana se halla enojada y apenas sale de sus habitaciones. Por esto la habéis visto tan pocas veces.

La señora Lester estaba pensativa.

—Letitia: no os encontráis en mala situación económica, ¿verdad?

—No, no, querida; nada de eso. Como es natural, disponemos de menos dinero que antes, pero no estamos en situación de apuro, ni mucho menos. Lo que sucede es que la conservación de esta casona es terriblemente cara. No, no te preocupes. Todavía no estamos en situación de apuro. De todos modos, si por mí fuera, se cerraría la mitad de la casa mientras estamos solos en ella. ¿Sabes que se nos hace preciso mantener un verdadero ejército de sirvientes, un año tras otro, para que puedan estar siempre limpias y arregladas una serie interminable de habitaciones deshabitadas? Esta casa es un fetiche. Lydia dice, y Herbert la apoya, que todas las habitaciones han estado siempre abiertas... ¡y que siempre deben estarlo!

—¿No te irrita todo eso un poco?

—¡Mucho! Pero he tenido que aprender a aceptarlo. Es inútil luchar contra lo invencible. Herbert es, en líneas generales, un esposo ideal, y por esta razón tengo que inclinarme gustosamente ante sus pequeños caprichos. ¡Hay muchísimos esposos que tienen caprichos mucho más desagradables que éstos!

Marie Lester rio.

–Es cierto. Y en resumen, mientras tú estés satisfecha, todo lo demás no importa. ¿No es cierto?

–Lo es. Oye, querida... ¿No hace mucho calor esta mañana? ¿Quieres que vayamos a bañarnos? Herbert ha salido para acompañar al juez y a su esposa a que vean no sé qué paisaje, y los demás están jugando al golf. Podemos disponer de una hora entera.

–Juliet está abajo, en la playa, ¿verdad?

–Sí, y Jeremy Fenton.

–¿Y tu hijastro?

–¿Ruan? Salió antes del desayuno. Ha ido a ver a no sé qué personas de Plymouth, donde va a quedarse un par de noches.

–¿Te llevas bien con él, Letitia?

–¡Magníficamente! No es posible estar en malas relaciones con él. Es exactamente como una nueva edición de Herbert... más joven. Encantador, considerado, y con todas las demás buenas cualidades de su padre. ¡Vamos a bañarnos, Marie! No olvides que, por desgracia, es la última ocasión que tienes de hacerlo en el mar estos días. Querría que no tuvieras que marcharte mañana.

El día se iba haciendo más caliente a medida que avanzaba, y el aire soplaba a cada momento con menos intensidad. Ni siquiera corría en «Poldean» un poco de fresca brisa, lo que era infrecuente. El mar estaba tranquilo como un cristal y el sol lanzaba sobre él implacablemente sus rayos. Al llegar el anochecer, las personas se sintieron agotadas por el calor, y todas acogieron con satisfacción la puesta del sol.

A pesar de su amplitud, el comedor de «Poldean» estaba cálido como una habitación pequeña. La larga hilera de grandes ventanas que se asomaban sobre la terraza se hallaba de par en par abierta, pero esto no parecía contribuir a disminuir el calor, pues el aire que llegaba del mar era caliente, y tan débil que apenas obligaba a oscilar a

las llamas de las bujías que iluminaban la mesa del comedor. Era una noche oscura, y el cielo estaba negro y sin luna. El mes de julio había sido terriblemente cálido en Cornwall, y todo parecía anunciar que aquella noche el calor alcanzaría su mayor intensidad antes de que estallase la tormenta que se anunciaba.

Las personas que se sentaban en torno a la gran mesa del comedor jugueteaban, sin gran apetito, con las fresas y con la crema grumosa, y todos abrigan la esperanza de que el calor disminuyese. La temperatura era demasiado elevada para que se pudiera experimentar bienestar, y los hombres, vestidos con los rígidos trajes negros y con las camisas almidonadas, se hallaban aún más incómodos que las mujeres.

La señora Trewithian, exquisita y elegante, como siempre, a la cabecera de la mesa, se encontraba deprimida por el calor, aun cuando generalmente le agradase, pues era una de esas personas a quienes el sol parece animar y beneficiar. Pero aquella noche el bochorno era excesivo, aun para ella; el calor sin sol es molesto y desagradable. Y se sintió agradecida por el momentáneo descanso que el juez, sentado a su derecha, le concedía al sumarse a la conversación que se sostenía al otro lado de la mesa. Era un hombre de encantadora conversación y muy interesante, dentro de su sequedad, pero resultaba muy pesado el tener que agasajarle constantemente como a invitado. Letitia deseaba, a pesar de todo, que llegase el momento en que él y su esposa se ausentasen de la casa, lo que habría de suceder a la mañana siguiente. Le era muy halagador saber que su casa estaba llena de invitados, pero aquellas reuniones en que imperaba lo que podría llamarse un tono *legal* y *profesional* la aburrían mucho, aun cuando resultasen muy gratas para su esposo.

Como buen anfitrión que era, volvió a poner la atención en lo que sucedía en torno a la mesa, y comprobó que la conversación comenzaba a generalizarse y que no

había necesidad alguna de que ella interviniese, por el momento.

Se sintió menos satisfecha al ver que su esposo volvía a hablar de asuntos profesionales. A ella le agradaba el tema, pero sabía que muchos de sus invitados lo encontraban muy poco interesante y que se aburrían de escuchar durante mucho tiempo una charla que en torno a él se desarrollase. Y Herbert era capaz de continuar ocupándose en él interminablemente...

Suspiró de manera inaudible y dio vuelta a uno de sus anillos en torno al dedo que lo soportaba. Todo parecía molesto y penoso aquella noche, todo pesado y fastidioso; hasta su propio vestido de *chiffon* le parecía opresivo; y el hermoso cabello castaño, al reposar en un moño sobre la nuca, le producía un peso molesto y caliente.

Sin embargo, pensaba, muy pronto habría de desencadenarse una tormenta, lo que aclararía la atmósfera; y al día siguiente, todas aquellas personas seniles y respetables se habrían ausentado, y comenzarían a llegar otras más jóvenes, las amistades de sus hijastros, y todo volvería a ser agradable y alegre.

Creyó que debería fingir hallarse interesada por lo que se hablaba a su alrededor, y miró sonriente a su esposo, que en aquel momento levantaba y ponía ante la luz un vaso de vino, y bebía luego su contenido.

—Pueden ustedes opinar como quieran —decía a sus invitados—, pero lo interesante, siempre, es el motivo. Es lo más importante. Encontrad al hombre que posea un motivo, y habréis hallado al criminal. No falla jamás.

Jeremy Fenton, el joven abogado, que había obtenido un gran éxito al resolver favorablemente el primer caso de importancia en que había intervenido, opuso una objeción.

—Supongamos que haya media docena de personas con los mismos motivos para la comisión de un crimen —preguntó—: ¿Qué sucede, entonces?

—Entonces, habrá que averiguar cuál de las seis personas posee el motivo más fuerte. Y naturalmente, el que lo posea será el hombre que se busca.

—No estoy de acuerdo —dijo Fenton—, con todos los respetos debidos a la mayor experiencia de usted, creo que eso no es todo... Aun cuando debo reconocer que, comparado con usted, soy solamente un principiante.

La conversación había recaído, como sucedía frecuentemente en la casa, sobre crímenes y criminales. Los invitados que se hallaban presentes en la cena de aquella noche estaban en su mayoría relacionados con las leyes, de una u otra manera, y en torno a Herbert Trewithian no se había cultivado otro tema de charla durante casi toda la velada. Letitia se preguntaba si las mujeres estarían cansadas y aburridas, y creyó que estaba obligada a intentar hacer que la conversación versase sobre cuestiones de interés más general. Para conseguirlo, pensó en obtener la ayuda de Jeremy Fenton, que era el más joven de todas las personas presentes, ya que su hijastra, Juliet, cenaba aquella noche en casa de unas amigas y Ruan se encontraba ausente.

—Ya tiene usted a Herbert montado sobre su caballo favorito —observó riendo—, y es muy probable que la carrera dure por lo menos una hora más... a menos de que se ponga usted de acuerdo con él. ¿No le será posible hacerlo? Creo que hace demasiado calor para una carrera tan larga.

Fenton sonrió.

—Es posible que se decida a apearse para descansar —dijo, continuando la alegoría iniciada por Letitia.

—Si lo hiciera —respondió ella con burlesca desesperación—, sería solamente para volver a montar de nuevo. No; la única esperanza que tenemos es que usted le manifieste que se siente vencido por él.

Fenton negó con un movimiento de cabeza.